

Una exploración precolombina

El problema derivado de estudios sobre la historia de América investigada por equipos académicos no latinoamericanistas —hispanistas, americanistas o iberoamericanistas— crea discusiones que frecuentemente caen (y a veces terminan) en cuestiones de carácter filosófico, semántico o filológico por las reservas teóricas y posturas críticas que, esquemáticamente, el hispanismo formula al iberoamericanismo, por ejemplo, o el latinoamericanismo al americanismo.

Es evidente que esta cuestión disputada («*quastione disputate*» dirían los latinos refiriéndose a problemas teológicos-escolásticos) incide en el método llevado a cabo por investigadores que proponen un estudio histórico determinado, pero no sólo incide por la visión de fondo que descansa en la elección de los hechos, en la presentación de los hechos, en el análisis de las causas de los hechos o en el lenguaje referido a los hechos gracias a las fuentes que ofrece la historia. También el carácter ideológico del investigador —que es algo más global que los puntos mencionados antes— a lo largo del desarrollo del trabajo, lo sepa o no, lo confiese o no, tiene consecuencias en el material histórico, académico, intelectual producido por esa investigación. Sobre todo por las características ideológicas que terminan por adherirse a esa producción, incluso a través de una seria preocupación hermenéutica, desinteresada o crítica para historiadores identificados en líneas de investigación distintas a la presentada gracias a esos materiales. Por esto, por ejemplo, siempre resultarán matizadas y contrastadas las visiones de América precolombina presentadas por un Enrique Dussel, por un lado, frente a otro de un Mario Hernández Sánchez-Barba. En este sentido aquí desconocemos todavía la posible repercusión de este nuevo trabajo dirigido por Manuel Ballesteros editado por la BAC, aunque sospechamos las opiniones formuladas desde Latinoamérica. (*Cultura y religión de la América prehispánica*. Manuel Ballesteros con la colaboración de: Concepción Bravo, Andrés Ciudad, José Luis Rojas, Germán Vázquez, Biblioteca de Autores Cristianos. BAC. Serie Semina Verbi, Madrid, 1985, 345 pp.)

Si bien las descripciones históricas de la cultura maya, los antecedentes religiosos del mundo azteca y el proceso sociorreligioso de los incas son, entre otros aspectos, estudiados fragmentadamente en este volumen, las conclusiones del libro no quieren ser provisionarias. Al contrario, el trabajo presentado aquí quiere contribuir a la vasta producción del americanismo ya que gracias a esta postura los autores exponen un amplio panorama sobre «cultura y religión de la América prehispánica».

A partir de este horizonte se justifican en la primera parte («América indígena y su estudio») la necesidad y el sentido de la investigación americanista hoy, gracias a fuentes narrativas y documentales sobre el mundo prehispánico recogidas por cronistas e historiadores, especialmente dando cuenta de aspectos históricos relativos a la comprensión y sospechas teórico-filosóficas existentes en el Viejo Mundo sobre el Nuevo Mundo

antes del descubrimiento; del impacto cultural de ese mundo en el Centro; de los viajes hacia fronteras desconocidas y de las características que adquieren los testimonios de informadores sobre el conocimiento de América una vez estudiado por antropólogos, etnólogos e historiadores. Sobre todo desde el siglo XVIII en adelante, mencionados en este sentido los americanistas españoles Fernández Duro, Antonio Ballesteros, Narciso Sentenach y otros.

Se presentan posteriormente las hipótesis habidas en torno al origen de la hominización de América (origen protomongólico, según A. Hardlicka; origen múltiple, según P. Rivet; origen australiano-tasmano, según L. Méndez Correia, M. Gusinde, G. Montandon) precisándose los límites y la «autonomía» de este proceso de hominización propio de culturas amerindias, carentes de contactos e influjos exógenos.

En una segunda parte de este volumen («Breve historia de la América prehispánica») se caracterizan las fronteras geográfico-culturales de Mesoamérica, sus períodos formativos a partir del III milenio a.C. gracias a olmecas, zapotecas y mixtecas y la importancia de Teotihuacán como centro básico del imperio azteca. La cultura maya es detallada en dos períodos generales: clásico (663-987), y el período yucateco (878-siglo XV) presentando esta parte del libro, de un modo amplio, los aspectos históricos de nahuas, chichimecas, toltecas y aztecas. Se expone después la historia de los pueblos del área andina, según sus diversos espacios (colombiana, con su pueblo «muisca», y centrandina de la sierra y la costa) con un conjunto de culturas que constituyen el Tahuantinsuyu y sus importantes lugares de florecimiento cultural como Nazca y Tiahuanaco. A continuación se estudia la unificación prehispánica del Perú gracias a los incas (consolidado hacia 1438 el imperio histórico), jugando un determinado papel las dinastías, desde Manco Capac hasta Atau-Huallpa pasando, entre otras, por la de Sinchi Roca, Mayta Capac y Capac Yupanqui.

La tercera parte de esta obra, la más extensa («Cultura y religión») se detiene en la cultura y religión de los pueblos mesoamericanos y andinos gracias a contribuciones de la arqueología en su campo investigativo. Religión y arte constituyen en el período arcaico (o preclásico) factores propios del mundo social de los olmecas dividido en clases (sacerdotes y campesinos), dentro de una religión patriarcal totémico-antropomórfica (divinización del jaguar y de la «serpiente emplumada»). El imperio teocrático de Teotihuacán encuentra su desarrollo entre el 150 y el 800 de nuestra era pero su esplendor está entre el siglo V y VI. La sociedad teocrática gira en torno a cultos ceremoniales, caracterizados en sus enormes pirámides. La artesanía y la arquitectura encuentran aquí notables formas, especialmente en relación con el mundo agrícola. Los toltecas, primeros invasores de Teotihuacán, imitan aspectos propios de la vida religiosa azteca construyendo y fortaleciendo importantes ciudades y centros sacerdotales como Tollán y Chichén Itzá. Sociedad y religión guardan estrecha relación en la cultura tolteca gracias al poder sacral del dios Quetzacoátl. Zapotecas (de tierras de Oaxaca), tarascos (de tierra de Michoacán) y totonacos (de tierras de Veracruz) también son presentados aquí como pueblos mesoamericanos de Méjico que forman parte del complejo cultural prehispánico.

Respecto al mundo maya, esta sección del libro se refiere a él en dos partes, precisando los antecedentes antropológicos, lingüísticos y religiosos de este pueblo cuya organi-

zación sociopolítica dividida en clases es determinada por ciudades-estados. El trabajo de artesanía, cestería y cerámica es un aspecto destacado en la vida pública de los mayas y las tradiciones mitológicas en el Popul Vuh reflejan una gran riqueza en su cultura poético-literaria. La función social de la religión maya es consolidada por la teocracia, vivida por un conjunto de creencias relativas al tiempo (calendario compuesto de ciclos), con mediadores entre el cielo y la tierra, y con distintas representaciones zoomórficas, destacando la práctica de cultos a los antepasados y el poder sacerdotal en el sacrificio humano.

También el mundo azteca es presentado con cierto detalle en dos partes de este trabajo. La primera con referencias al mundo social: existe una contraposición entre los «hombres del pueblo» («macehualtin») y los «tlatoque» (poseedores del poder civil, militar y religioso) en alianza entre ciudades (Tenochtitlán, Tlacopán, Texcoco). Los señores nobles, denominados «tetecuhtin» permanecen divididos en diversos status según funciones guerreras, burocráticas o ceremoniales. Los esclavos son denominados «tlacotin» y, en relación con la esclavitud tal como es vivida en el Viejo Mundo, adquieren particularidades diferentes. La economía está basada fundamentalmente en la agricultura pero también tienen cierta importancia la caza, pesca y apicultura. La tierra se encuentra dividida en tres categorías de régimen de propiedad: propiedad de comunidad, propiedad de los nobles y tierras de carácter público. También cabe señalar aquí que la artesanía fue desarrollada con gran impulso y el comercio era resultado de extensas expediciones con trueque: jade, oro, cocoa, esclavos, madera. Existía tributo destinado al soberano y para necesidades propias de fiesta y comercio. La organización política permanece centralizada en el palacio con escribas, sacerdotes, sirvientes, consejeros y militares, situado en Tenochtitlán donde habitaba el Huey Tlatoani, jefe supremo del Imperio.

La segunda parte se refiere al mundo religioso azteca en cuyo panteón cultural es añadido, después de una serie de deidades, el supremo dios Hutzilopochtli, característico en diversos documentos testimoniales. Estos diversos documentos perfilan con cierta precisión el carácter cosmológico-mitológico del pensamiento azteca cuyo sentido dualista brota de especulaciones teogónicas, inspiradas en conflictos de la naturaleza (Tlaloc: dios del agua; Tecuziztecatl: la luna; Hecatl: el viento; Centeotl y Chilomecoatl: deidades del maíz; Yacatecuhtli: deidad de los comerciantes, etc.) Esta pluralidad de divinidades permite el nacimiento y desarrollo de una casta sacerdotal en el mundo religioso azteca adquiriendo privilegios en la práctica ritual según la jerarquía alcanzada (Teohuatzin: sumos sacerdotes; Mexicatl: reverendos sacerdotes; Tlamacazqui: sacerdotes jóvenes; Tlamacatzton: novicios). El descorazonamiento como sacrificio humano no era la única muerte ritual en los aztecas. También existía la decapitación, el flechamiento y el sacrificio gladiatorio, consumiéndose parte del cuerpo sacrificado por un posible contacto con materia sagrada. La vida ultraterrena está determinada —no, como podemos pensar en la escatología cristiana, por la conducta en la vida— sino por el tipo de fallecimiento: campo de batalla, sacrificios, etc. Existen diversos cielos: Tona-tiuhichan, Cincalco, Tonocacuauhtitlan, con especiales ritos funerarios gracias al sofisticado sistema calendárico azteca (año ritual, año solar).

En la parte final del libro se estudian aspectos relativos al mundo andino. Se examina en primer lugar la importancia histórica del Estado inca (Tahuantinsuyu) incluso

en el momento de la llegada de los españoles gracias al peso de sus instituciones articuladas por un conjunto de iniciativas económicas, políticas, sociales y religiosas dentro de un área de gran densidad poblacional. Sobre todo teniendo en cuenta la integración de este Estado por diversos grupos étnicos provenientes de distintos ambientes rurales aunque facilitando esta tarea la función social del «ayllu» que, como agrupación humana (más amplia que la familia nuclear), fundada en el parentesco y en la explotación común de la tierra, da un carácter particular a las comunidades incas. De esta organización humana se deriva un conjunto de características socio-laborales en el cual el «suyu» (territorio del «ayllu»), la «llacta» (poblado principal del «ayllu»), los «curacas» (jefes étnicos) y las «chacras» (parcelas de cultivo) juegan un papel determinado en la construcción del desarrollo socioeconómico de los pueblos andinos. En la consolidación de la política inca juega también un rol decisivo el título de «Sapay», Señor unido a su esposa Coya que afianzan el poder económico-religioso en el mundo agrario, gracias al prestigio de la posesión de la riqueza y excedentes derivados de la actividad de los «ayllus», cuyos antecedentes remontan a dos dinastías: la de Hunin Cuzco y Hanan Cuzco.

La sociedad permanece jerarquizada gracias a las categorías de privilegio establecidas por los grupos dominadores a raíz del poder del «Sapay Inka» consolidado en Cuzco y posteriormente en los distintos pueblos integrados al imperio. Los «collanas» (jefes), «cayaos» (dominados) y los «payán» (resultantes de uniones entre «cayaos» y «collanas») se distribuyen en funciones administrativo-burocráticas. Esto facilita el desarrollo de distintas funciones dentro del imperio inca cuyo poder jerárquico en Cuzco encuentra en la familia campesina («hatunruna») un importante soporte económico para las funciones del Estado. El control del Tahuantinsuyu es fortalecido por una ágil burocracia, demarcando en cuatro grandes regiones las divisiones del imperio, intentando delegar a la vez en específicos funcionarios la administración económica preocupada del rendimiento de los «hatunruna» y de la célula nuclear encabezada por el jefe de familia («pu-rej»). En este sentido cobra importancia la racionalización del sistema económico dentro del ámbito agrario que caracteriza a la sociedad andina. El sistema de reparto de tierras, el control en el trabajo colectivo, la importancia económico-social de la «mita», el adecuado provecho de los productos de la cosecha, la carencia de unidades de patrón monetarias en intercambios comerciales, la interesante producción artesanal textil, etc. constituyen un rico panorama de las preocupaciones en el mundo económico de los incas.

En el plano religioso son de destacar las inquietudes de los pueblos andinos por la presencia de fuerzas de la naturaleza y la divinidad creadora característica es Wiracocha. El Sol adquiere una preponderancia destacada en el culto sacerdotal, englobando el mundo popular andino con el término «huaca» todo aquello que guarda relación con lugares y objetos sagrados. De aquí la importancia de los «guanca», las «pacarinas» y «conopas» en un mundo dividido en tres planos: el celestial («Hanan Pacha»); el de aquí, de la madre tierra («Pachamama»); y el de abajo («Ujku Pacha»). El ceremonial sobre el culto solar, de carácter agrario, adquiere gran importancia en Cuzco gracias a un conjunto de funcionarios religiosos donde —discutidamente por historiadores— se observan en ellos prácticas de sacrificios humanos. En el terreno artístico y arquitectónico los incas contribuyeron con cerámica, pinturas y esculturas en el proceso del arte

precolombino, trabajando la piedra y creando sistemas de ingeniería en ciudades como Machu Pichu, Pisac y Cuzco.

La síntesis panorámica perfilada en esta obra facilita una comprensión al lector, incluso en aquél ajeno a preocupaciones históricas, con contribuciones concretas relativas a la temática «culturas prehispánicas». Evitando en cierto modo esquemas «reproductores» en el trabajo presentado, es decir integrando de un modo creativo la información desarrollada en este volumen, se observa que la riqueza cultural del mundo prehispánico ofrecido por estos investigadores es un aporte interesante al área de estudios preocupados en precisar diversas características del mundo precolombino. El interés que despierta la búsqueda de antecedentes histórico-culturales prehispánicos permite al equipo académico encontrar (y divulgar) fuentes y materiales clasificados por el afán crítico del americanismo. De este modo la abundancia de información sobre estas fuentes, precisada gracias a una extensa bibliografía final, permite encontrar selecciones interesantes sobre la cultura mesoamericana y andina facilitando percibir elementos y factores religiosos adheridos a ella. Si bien en determinados capítulos de este volumen esta relación cultura-religión es observada con transparencia, es notoria la prevalencia que en general los autores otorgan a temas histórico-culturales más que aquellos histórico-religiosos, quizá necesarios de articular con mayor coherencia en el trabajo de este equipo. Sobre todo, por ejemplo, allí donde es explicado el mundo sociocultural maya sin tocar en profundidad el carácter religioso-sacerdotal allí existente. En este sentido no encontramos descrita en este volumen, ni menos aún, analizada, una «teología» precolombina a raíz del pensamiento cosmológico mesoamericano o del carácter telúrico de las divinidades de la cultura andina. Particularmente interesante habría sido introducirse en los antecedentes micolátricos nahuatl o en la sabiduría «tlamatinime» azteca. Apenas unas líneas para referirse al dios Itzamna o a la diosa Ixchel o a la deidad Pachamama que, sólo mencionadas, no son suficientes para precisar la densidad *cultural* que respira el maya ni el mundo espiritual que permanece detrás de la teocracia andina. Los aspectos relativos al mundo sacerdotal precolombino podrían haber sido tratados de un modo más abundante precisamente por la relación que ofrece este aspecto histórico-ceremonial con áreas específicamente culturales, creemos de mayor interés para los autores, según observamos. De este modo en ciertos capítulos se podría haber perfilado con mayor precisión aún el concreto mundo social que viven aztecas, mayas o incas, evitando a la vez reducciones referidas al mundo religioso «pagano» prehispánico. Con todo, no puede dejar de reconocerse el acierto de la incorporación de esta obra a la colección Semina Verbi de la BAC, especializada en monografías sobre religiones no cristianas, de donde ya han salido títulos como *La mística del budismo* de J. López Gay y *El simbolismo religioso africano* de V. Mulago, entre otros.

Mario Boero